

## Cananas

Ojalá Biden y Harris impulsen la reforma de la posesión civil de armas

kioskoymas#acabos@fundacionfaes.org

JUAN BAS



La obra maestra de Sam Peckinpah, 'Grupo salvaje', cuenta con una larga secuencia de combate a tiros cuya violencia, montaje, coreografía y plasticidad no han sido superados en medio siglo, ni siquiera (para mí) por el asombroso desembarco de 'Salvar al soldado Ryan'. Como en la mayoría de películas de Peckinpah, hay un detalle que asocia a los niños con la crueldad, la violencia o la muerte. En 'Grupo salvaje' es un alacrán que los niños han metido en un hormiguero y después le pegan fuego al conjunto. Y también hay un plano, simbólico y de humor negro, en el que una mujer (la acción transcurre durante la revolución mexicana) da el pecho a un bebé, con la peculiaridad de que la teta asoma entre dos cananas cruzadas y llenas de erizados cartuchos de fusil.

Me acordé de ese plano de lactancia entre balas por una reciente imagen de noticiario. Se veía a unos guardianes de la democracia, los amenazantes seguidores armados de Trump, reclamando inexistentes resultados favorables para su candidatura a la entrada de un colegio electoral, creo que era en Arizona. Uno de los energúmenos, vestido con ropa paramilitar, con larga barba, malcarado y sin mascarilla, mecía en un brazo una escopeta de repetición y le cruzaba el pecho una canana repleta de cartuchos del 12. A su lado, un niño de unos 10 años miraba a su padre supongo que con admiración y deseo de ser de mayor como 'daddy': manejaba y obtusa 'white trash' si nadie lo remedia, empezando por él mismo. Pero constituían una estampa casi civilizada en comparación con los miembros de las milicias en pleno despliegue, con los rostros ocultos por pañuelos y bragas, fusiles de asalto en ristre y automáticas al cinto. Estos no llevaban cananas, sino chalecos con bolsillos llenos de cargadores, que es mucho más operativo.

El contraste con esta gente armada y exhibicionista de su capacidad de gatillo lo han marcado los ciudadanos festivos, pacíficos y celebrantes de la derrota de Trump y el consiguiente final de la grotesca pesadilla que ha durado cuatro años inexplicables y espantosos. Nada tranquiliza para conciliar un futuro común que, aún visto lo visto, Trump haya obtenido 71 millones de votos. Joe Biden y Kamala Harris llegan con aire de cordura, decencia y han creado esperanza, incluso ilusión. Ojalá impulsen, entre otros muchos cambios necesarios, la reforma constitucional que prohíba esa peligrosa posesión civil de armas de fuego y poder salir a la calle ostentándolas a la vista y con intimidación. Son imágenes propias del 'Far West' y la ley del revólver en el XIX, no de un gran país democrático en el siglo XXI.

## Tumbar el régimen

JAVIER ZARZALEJOS

Iglesias ha trasladado al Gobierno de Sánchez su admiración por los precursores de la destrucción del sistema constitucional: ETA y la izquierda abertzale

kioskoymas#acabos@fundacionfaes.org

JUAN BAS

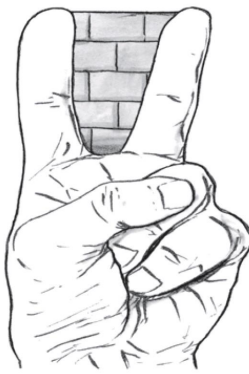
Pónganse a la cola. A la cola de la historia, se entiende. Porque al cabo de cuarenta años de democracia en España podemos contemplar el alineamiento de los que, como hoy hace Bildu, declaran su propósito de «tumbar el régimen». Primero, hasta hace dos días, el terrorismo de ETA. Se calentaron la cabeza con la épica argelina de la liberación nacional y se quedaron en carniceros balcánicos de los de la limpieza étnica. Centenares de asesinados, miles de heridos, decenas de miles de desplazados por la coacción y la amenaza contemplan la persistencia de décadas en el crimen. Durante mucho tiempo se les creyó jóvenes antifranquistas en vez de lo que realmente eran: alucinados etnonacionalistas, odiadores armados, peligrosos sociopatas.

Tuvimos también nuestro trocito de siglo XIX cuando un golpe de Estado fallido, tramado en tertulias de bar con restos de serie del franquismo, nos retrotrajo durante una noche de angustia y con el Congreso secuestrado a aquellos pronunciamientos que, como el de Tejero, también querían «tumbar el régimen».

Hace tres años y tres semanas, en Cataluña el independentismo en estado lisiérgico también echó su cuarto a espadas para tumbar el régimen. También el Parlamento catalán quedó secuestrado, no por las armas, sino por la imposición nacionalista en aquellas sesiones ignominiosas del 6 y el 7 de septiembre de 2017, cuando el independentismo por sí y antes si se creyó con el poder y con el derecho a derogar la Constitución, el Estatuto y lo que se terciara para sustituirlo por su propia arrogancia soberanista.

Y ahora, el Partido Socialista compacta una coalición de populistas de extrema izquierda, independentistas y glosadores del terrorismo de ETA como un hito histórico que no van a condenar; todos ellos conjurados para cargarse el «régimen del 78».

De nuevo asoma la mentira en el argumentario gubernamental. Ni Bildu es un



JOSÉ IBARROLA

apoyo imprescindible, ni su incorporación como socio de número a la 'coalición Frankenstein' –esa insuperable imagen debida al ingenio de Alfredo Pérez Rubalcaba– puede aliviarse como si fueran cosas de Pablo Iglesias. No es un acuerdo para aprobar los Presupuestos del Estado, sino para desarrollar un proyecto ideológico esencialmente sectario y excluyente al que el Partido Socialista contribuye legitimando a Bildu como una fuerza «progresista». Pablo Iglesias elogió en su día lo que consideraba la clarividencia de ETA y de la izquierda abertzale al rechazar y combatir el pacto constitucional. Ahora esa admiración de Iglesias por los precursores de la destrucción del sistema constitucional la traslada al Gobierno encabezado por Pedro Sánchez. No deberían tranquilizarse los socialistas por el hecho de que Podemos sea una fuerza minoritaria. La lógica de la democracia no rige para quien se siente encarnación de la voluntad trascendente del pueblo.

Sólo faltaba que llegara José Luis Ábalos para explicarnos que, en realidad, con

kioskoymas#acabos@fu

el pacto con Bildu los socialistas están re-viviendo la Transición. El argumento da idea de lo que el PSOE actualmente entiende por memoria histórica y cómo contempla un pasado que en buena media es el suyo y fue bueno. Es una mala broma comparar el esfuerzo de conciliación de los que protagonizaron ese proceso con la negociación del adversario que practican sus socios. Comparar una Constitución integradora y acordada con una estrategia sectaria y excluyente de toma del poder no sólo es una ofensa a la inteligencia, sino un síntoma más preocupante aun de que el PSOE o participa de esa estrategia o está en la inopia, y ambas posibilidades no son necesariamente excluyentes.

Vivimos una crisis inédita en la que la depresión económica, los factores de quietud social y generacional y el fallo casi sistémico de la gobernanza arrastran al país a una situación en la que los proyectos de ruptura creen ver una oportunidad tal vez definitiva para ponerse en práctica. Y en este caso, ese proyecto de ruptura consiste precisamente en eso, en tumbar el régimen. Esperan que la polarización y el deterioro de las clases medias consigan enterrar las corrientes centrales de la sociedad española que siguen siendo mayoritarias. Confían en que la intoxicación sistémica y el revisionismo de la historia reciente hagan olvidar los valores que fundamentaron el pacto constitucional y el logro de la democracia. Prevén que una Europa en estado de desorientación estratégica y amenazada por la presión destructiva de los populismos deje de ser el baluarte democrático contra el que se estrellarían.

Para esta pandemia política es precisa también la inmunización colectiva. La vacuna nos la administramos los ciudadanos hace cuarenta años. Pero, sin duda, necesitamos una dosis de recuerdo. Especialmente la necesitan con urgencia quienes han demostrado haber perdido las defensas y hoy gobiernan el país con el que sus socios quieren acabar.

kioskoymas#acabos@fundacionfaes.org

## Simón dice

ALBA CARBALLAL



Hoy quiero aprovechar este espacio para hablaros sobre Simón. Pero no sobre el Simón en el que estáis pensando, ése cuya cabeza piden ahora los colegios de médicos; y tampoco sobre el otro Simón famoso, el que comercializa zumo de naranja recién exprimido y vino barato. El único Simón que me importa últimamente es el protagonista que da nombre a la nueva novela escrita por Miqui Otero y publicada por Blackie Books: el niño Simón, el canalla inexperto Simón,

el charnego Simón, el riquiño Simón, el abandonado Simón, el pijoaparte moderno Simón. Otero comparte con el mejor Marsé la capacidad de encerrar mundos enteros, el espíritu de una época y hasta varios sistemas políticos complejos en un barrio cualquiera, en un callejón, en la barra de un bar; y emula con acierto a la mejor Laforet en su representación fidedigna de esa intensidad culpable tan propia de las primeras veces. Sin embargo, lo excepcional de 'Simón' es que traza una

senda propia, intrincada y reconocible que, pese a todo, es un camino zigzagueante en el que Otero nos lleva de la mano hacia lo universal, que no es más que aquello capaz de partirnos a todos en dos.

Simón, como en el juego infantil, dice muchas cosas. Simón dice que nuestras rarezas nos salvan. Simón dice que el océano que separa la amistad del amor está plagado de dudas, confesiones ridículas y latas de cerveza. Simón dice que perdonar también es crecer. Simón dice –y tiene razón– que casi todas las cosas importantes de la vida suceden en la cocina. Simón dice que para volver no siempre es necesario haberse ido primero. Miqui Otero, con esta delicia, dice a gritos que es el mejor narrador de su quinta. Y Alba, aquí presente, dice que si con la cabeza.